

0242. San Ambrosio

Hoy nos toca presentar a un Santo de grandeza extraordinaria: Ambrosio, Obispo de Milán en el siglo cuarto, y uno de los grandes Doctores en la antigüedad cristiana. Romana de pura cepa la familia, Ambrosio, como su padre, tiene una cultura superior. Además, el padre desempeña cargos muy altos en la administración pública —como el de Prefecto de las Galias, la Francia actual— y el hijo va a seguir sus mismos pasos. Pero, sobre todo, el padre de Ambrosio es un cristiano ejemplar. De los tres hijos, Marcela se hace famosa porque vuela al Papa Liberio para ofrecer su virginidad a Cristo. Sático, otro santo. Y nuestro San Ambrosio, verdadera lumbrera de la Iglesia.

Como Ambrosio está tan bien preparado, es enviado desde Roma a Milán como gobernador de las provincias del Norte de Italia. Al despedirle, su Jefe, también muy buen cristiano, le encarga: *Hijo mío, pórtate en tu cargo no como juez sino como un obispo*. Ni que fuera una profecía a aquel joven gobernador seglar, que piensa en todo menos en ministerios de la Iglesia... Desempeña su cargo de gobernador con prudencia, acierto, honestidad. Todos lo tienen como gran hombre de Estado.

Muere el obispo revoltoso, porque, tocado de la herejía arriana, ha metido mucho problema en la Iglesia. Se reúnen los obispos de la región para elegir sucesor, y la asamblea, a la que asiste mucho público, está dividida por culpa de los arrianos. Ambrosio, como gobernador y sólo como gobernador, se presenta para aconsejar orden y serenidad. Todos le escuchan admirados, cuando se alza de repente la voz de un niño que grita: *¡Ambrosio Obispo, Ambrosio Obispo!*... Se forma un tumulto, porque la asamblea toma el incidente como voz de Dios, y todos corean: *¡Ambrosio Obispo, Ambrosio Obispo!*... Los obispos electores consienten. Pero no el interesado, que arguye, como buen jurista: *No puedo aceptar. No soy sacerdote, y ni tan siquiera estoy bautizado. ¡No puedo ser obispo!*...

Pero de nada le vale. Todos reconocen en el hecho la voluntad de Dios, y Ambrosio, de familia cristiana tan genuina, recibe el Bautismo y a los pocos días era consagrado Obispo. Obispo de esa Milán que, a lo largo de los siglos, dará hasta nuestros días muchos Obispos de primera magnitud... Ambrosio rompe la marcha de todos esos gigantes.

Ya tenemos a Ambrosio Obispo de Milán, la ciudad más importante del Imperio después de Roma. Hombre de negocios públicos, de política, de gobierno, no puede soslayar el que vengan a él los personajes de más responsabilidad a pedirle su parecer acertado. Será consejero y amigo de emperadores, y hasta su formador cuando los toma bajo su tutela espiritual si son muy jóvenes. Pero no se aliará con ninguno cuando se lo reclame su conciencia. Estuvo a punto de sobrevenir una revolución por causa de Ambrosio con el Emperador Valentiniano II, cristiano de la secta arriana. El pueblo defendía a su Obispo, pero éste se impuso: *¡Que no se vierta una sola gota de sangre en nombre de la Iglesia, y si alguna hubiera de correr, que sea la mía!*

Pero el caso más famoso de libertad evangélica y de valentía fue con el Emperador Teodosio, cristiano católico y amigo personal de Ambrosio. Por una revuelta en Tesalónica, el emperador decreta una matanza general. Mueren muchos al filo de la espada, y el Obispo de Milán se niega a admitir al emperador en la Iglesia. *Dices que David también pecó. Entonces, ya que has seguido a David pecador, sigue también a David penitente. Además, ¿públicamente has pecado? Haz pública penitencia.* El emperador se somete. Se humilla. Pasa todo el tiempo señalado a la puerta de la iglesia sin poder entrar, como otro pecador cualquiera. Llega la fiesta de Navidad, y es rehabilitado. Ambrosio lo admite de nuevo a los Sacramentos y la da el abrazo de la paz. El emperador, que se presenta sin ninguna insignia de su cargo y dignidad, reconoce: *Sólo Ambrosio me ha hecho conocer lo que es un Obispo.*

Sin embargo, no vayamos a pensar en Ambrosio como un Obispo político, ni mucho menos. Es un Obispo *pastor*, pero que trata a la autoridad como a autoridad y a todos como ovejas que Dios le ha confiado.

El Obispo va a ser desde el principio un hombre de oración continua. Todo un hombre de Dios.

La Biblia se la sabrá de memoria, pues no se le cae de las manos en una ininterrumpida lección divina.

Será un orador brillante, que cautivará a su pueblo.

Dejará unos escritos abundantes y llenos de sabiduría, que constituyen hasta hoy una delicia.

Sobre todo, se hará famosa en toda la Iglesia su solicitud pastoral por los más necesitados, los pobres y las viudas.

Como se harán inmortales su celo y cuidado de las vírgenes cristianas y los escritos que les dedica. Es tal el entusiasmo y la doctrina que brota de sus labios cuando exhorta a la virginidad según el Evangelio y San Pablo, a la vez que propone el ejemplo de María, que muchas madres estorbaban a sus hijas el ir a escuchar al Obispo para que no las atrapara en sus redes, por muy evangélicas que fueran...

La casa la tiene abierta a todas horas. Cualquiera puede ir a visitarlo, sin pedir audiencia. Y al entrar, verá siempre al Obispo inclinado sobre la Sagrada Escritura o absorto en su comunicación con Dios.

Así lo encuentra Agustín, al que de este modo se le allana su conversión a la fe católica. Recibe el Bautismo del mismo Ambrosio, que, aunque no hubiera hecho otra cosa que ganar a Agustín para la Iglesia, le estaríamos todos eternamente agradecidos.

Muere Ambrosio el año 395, cuando agoniza el siglo cuarto y se ve ya inminente la desaparición del Imperio Romano ante las invasiones de los bárbaros del norte. En la Iglesia todavía seguimos cantando sus himnos. Ambrosio, hombre de Estado y hombre de la Iglesia. Hombre santo, de una familia cristiana santa, y forjador de santos y de santas. ¡Esto es Ambrosio!...